



EL ARTE ITALIANO Y LA GUERRA

Los horrores de la guerra, impuesta a las naciones civilizadas, han inspirado al eminente artista italiano Odri la composición magnífica que reproducimos.

La guerra de Italia

POR

MIGUEL DE UNAMUNO

EN septiembre del pasado año de 1917 recorría, con otros escritores y publicistas españoles, el frente de guerra italiano de entonces. Volvimos de aquella inolvidable visita maravillados del esfuerzo que el ingenio italiano había llevado a cabo y de la organización de los servicios todos de guerra. Todo lo que era ingeniería, esto es: ingenio, arte y ciencia, sorprendía por su perfección y su audacia. Parecía imposible que se hubiere podido subir cañones a riscos en donde sólo las águilas cuelgan sus nidos y que se hubiese podido hacer accesibles, y hasta en automóvil, cumbres tan escarpadas. Los imponentes Alpes dolomíticos, aquellas montañas rocosas que levantan sobre las nubes los que parecen esqueletos de manos gigantescas que quieren apeñorar el cielo, aparecieron enojados por el hombre de Italia, que es uno de las más soberbias plantas humanas que sobre la Tierra se dan.

Cuando de vuelta a esta nuestra España había ya enviado al primer diario de Buenos Aires el primer fruto de mis experiencias en nuestra visita al frente italiano y me disponía a ir, sobre mis notas de excursión y documentos que de Italia traje, encauzando

la opinión española respecto a aquel esfuerzo de que he dicho, vino el desastre de Caporetto y tuvimos que callar mientras se desahogaban, con su troglodítica malignidad, los Armandos Guerras de toda laya. Callamos, pero no sin esperar a que el tiempo aclarase cosas entonces oscuras e iluminase la vía del porvenir de la guerra, por lo que a Italia hace. La vía del porvenir de la guerra general, de la guerra única, de la guerra que las democracias riñen contra el imperialismo, los pueblos libres y civiles aliados contra el ejército de los súbditos del Kaiser y sus cómitres coronados.

¿Qué había ocurrido para que aquella magnífica preparación técnica, de ingenio y de paciencia, que admiramos, se hubiese venido, en su mayor y mejor parte, a tierra? Se ha hablado de que el ejército, aquel mismo ejército que tan denodado y valientemente atravesó el Isonzo—hazaña memorable que se ha querido olvidar luego—estaba socavado por propaganda pacifista y aun anarquista. Pero había, sin duda, más que eso. Tenía Italia en su seno entonces un carcoma aun mayor que el del anarquismo pacifista a todo trance y enemigo, a beneficio del imperialismo tudesco, de todo na-

cionalismo patriótico. Tenía Italia entonces, en su seno, mucha carcoma de germanismo, de imperialismo germánico.

El general Cadorna nos había dicho en Udine que Italia tuvo que ir a la guerra para evitarse una guerra civil y que su neutralidad era imposible. Pero había otra razón más íntima que llevó a Italia a la guerra y era que Alemania, o mejor Germania, la iba enriqueciendo y aleccionándola en muchas cosas, pero a costa de robarle el alma, de despersonalizarla. La germanización de Italia, sobre todo de la Italia del Norte, era cada vez mayor. En Bancos, en industrias, en comercio, hasta en artes y en bellas artes, la invasión germánica era imponente. Había italianos que empezaban a no poder ver ni aun su propio arte, el divino arte italiano que brotó del milagro del Renacimiento, sino a través de anteojos y aun microscopios—y el microscopio no se hizo para ver obras de bello arte—germánicos. Italia caminaba a lo peor, a ser una nación *protegida* de Alemania. Y la protección es acaso peor que la pérdida de la independencia. Menos mal aunque una nación llegue a ser como una ramera de otros pueblos, una ramera libre que cada noche se alquila al mejor postor o se reserva renunciando al salario, menos mal esto y aun siendo ello lamentable, que caer en *protegida* de un Imperio que le ponga piso y monopolice sus bien pagadas caricias. Mejor *bordello*, como le llamó el Dante (Purgatorio, VI, 78), que no albergue de la querida que ganara el alcahuete germánico, Mefistóteles, un alcahuete científico, para el viejo Fausto rejuvenecido.

Y entre los más ponzoñosos frutos que Mefistóteles introdujo en la patria de Maquiavelo, sí, pero también de Mazzini, el más grande apóstol de los pueblos libres, fué el de cierto imperialismo egoísta e incivil. Maquiavelo había vuelto a Italia, pero desfigurado, germanizado, mefistofelizado. En Italia se hablaba del sagrado egoísmo y de la *nostra guerra*. Y no era raro observar que más de un espíritu corrompido por el mefistofelismo germánico, por el maquiavelismo de un Treitscke, se regocijara de lo que creía el fin de Serbia y el de Grecia. «Grecia? c'è finito!» oí alguna vez. Y me angustiaba oírlo.

Pero el revés de Caporetto hizo despertar el verdadero patriotismo universal, civil y humano de Italia, el patriotismo mazziniano, y los italianos de alma genuinamente romana, universal y civil, comprendieron y sintieron que su guerra no era ni podía ser otra que la

guerra, la única, la que riñen los pueblos civiles y libres contra los ejércitos súbditos del Kaiser y de sus cómitres coronados. En Italia se sintió que peleaban no sólo para vengar agravios de Austria, no tampoco para conquistar la hegemonía del Adriático—toda hegemonía trasciende a imperialismo,—sino para libertar a los pueblos oprimidos, y entre ellos a Serbia, a Grecia, a Bohemia, a Polonia. Italia, liberada ya del corrompido y corruptor Imperio austrohúngaro, carroña de las naciones, tiene que contribuir a la independencia de Bohemia y de Polonia, al establecimiento, de la Gran Serbia, de Yugo-Eslavia y de la Gran Grecia. Y sólo así podrá gozar del Trentino, genuinamente italiano, y de todas aquellas otras tierras irredentas que sean evidentemente y en su mayor parte italianas. En Aquilea, donde irradia la italianidad por dondequiera, en la parte del Friul antes de estallar la guerra austriaca, pensaba yo no hace un año esto mismo.

Y así se ha visto que al revés de Caporetto se ha seguido una restauración del más genuino y más noble espíritu italiano, del espíritu mazziniano, universal y generoso, vencido ya del todo el maquiavelismo mefistofélico de reimportación germánica. Y la reciente victoria del Piave es la victoria de la italianidad civil y universal. Y acaso la de la tercera Roma, la de la Roma con que soñaba Mazzini, contra la segunda Roma, la pontificia o papal: la victoria de la universalidad civil contra el catolicismo imperialista.

No hace aún un año se hablaba demasiado en Italia de *realismo* en el sentido atudescado y germánico, de *Realpolitik*, de maquiavelismo mefistofélico teutónico y en el fondo *austriacante*; mas por fin, y gracias en mucho a la desgracia de Caporetto, el noble, el grande, el divino espiritualismo de Mazzini ha vencido por fin. Y esta victoria que la mejor Italia, la Italia universal y eterna, ha ganado sobre la otra, sobre la Italia germanizada y protegida del viejo y repugnante Fausto rejuvenecido con drogas de alquimia, esta victoria anuncia y prepara su futura victoria, la victoria de los pueblos libres y civiles sobre los ejércitos de los súbditos del imperialismo.

No hace un año Armando Díaz nos hablaba de la toma, que no veía muy lejana, de Trieste. Hoy Italia, más que a tomar Trieste, marcha a deshacer ese monstruoso muladar que es el Imperio de los Habsburgos.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 1.º de julio de 1918



INGLATERRA EN ITALIA. — Campamento británico cerca de un poblado

